

U. P. Y EDUCACION

césar godoy

A través del Consejo de Difusión, el Consejo Superior de la Universidad de Concepción organizó unas jornadas de "Análisis y Defensa del Trinunfo de la Unidad Popular", solo a unos días del triunfo de Salvador Allende y cuando la derecha económica pretendía aún desconocer su derrota en las urnas, negar o escurecer la evidencia del éxito obtenido en ellas por la izquierda chilena. Fueron más de cincuenta horas de diálogo entre universitarios y los invitados —figuras representativas de nuestra vida política y cultural, de la ciencia del periodismo y del cine chileno— diálogo o franca discusión contrado en la perspectiva abierta por el cuatro de septiembre. De entre el incontable material acumulado en dicha Jornadas, transcribimos a continuación la exposición del diputado comunista César Godoy Urrutia sobre Educación.

Señor Rector; señores profesores; amigos estudiantes de la Universidad de Concepción:

A mediados del siglo pasado una pléyade de notables norteamericanos: Lincoln, Whitman, Emerson, asistían a la expansión de su país e influían en su prodigioso desarrollo. El último de los nombrados, Emerson, reconocía que *"todos estaban un poco locos con los innumerables proyectos de reforma social"* y, agregaba, que *"no había hombre progresista que no tuviera en el bolsillo de su chaleco un plan de la nueva comunidad"*.

Guardando distancias y proporciones, ¿no es verdad que está sucediendo algo de eso entre nosotros en estos días apasionantes, tensos de peligros, pero cargados también de esperanzas?

La obsesión general parece que no fuera otra: ¿qué vamos a hacer? Cómo podemos contribuir a la aplicación del Programa de la Unidad Popular? ¿Vamos a aguardar que el doctor Allende se cruce la banda de O'Higgins para que empiecen a operarse los cambios? ¿Cuántos tienen el Programa debajo de la almohada?

El pensamiento de todos converge en lo mismo: el campesino, cómo hacer producir más la tierra para asegurarle a todos "un pan del tamaño de su hambre"; el médico, cómo levantar, con una receta mágica, el nivel biológico y de salud de nuestro pueblo; el obrero de la construcción, cómo alzar rápidamente las casas que faltan, entre ellas, las de los propios constructores; el poeta, el músico y demás artistas, cómo llevar belleza y armonía a las masas para levantar su espíritu y su moral; el universitario, futuro profesional, cómo iniciar hoy mismo los planes urgentes de transformación que reclaman y necesitan millones de chilenos; las mujeres de la Unidad Popular, que ayudaron heroica y abnegadamente a construir la victoria, cómo meter manos a la obra para salvar a

tantos niños proletarios; los educadores, cómo iniciar, desde ahora, sin perder un minuto, la nueva enseñanza, planificada, universal, científica y tecnológica.

¿Qué diferencia con la observación que hacía el reformador de la escuela americana del norte, Horacio Mann, cuando decía que "el medio más seguro de dispersar un mitin era anunciar que se iba a tratar de la educación popular"! Aquí, en los días dramáticos que estamos viviendo, Universidades, teatros y estadios se llenan de chilenas y chilenos de toda condición, ansiosos de participar en debates, foros y diálogos donde se analiza y escarmina la política cultural que se propone seguir el Primer Gobierno del Pueblo. Es que todos sienten la responsabilidad que les toca como protagonistas del nuevo y grandioso período de la historia que empezamos a vivir.

Está claro que en Chile no se ha hecho una Revolución, pero estamos en medio de una conmoción inmensa, en tránsito hacia formas superiores, económicas, jurídicas, políticas y culturales.

Los resultados de los comicios del 4 de septiembre son el punto de partida de sucesos extraordinarios y de cambios trascendentales. Por eso, los privilegiados sienten angustia y siembran el terror y la inseguridad, mientras el corazón de los pobres y explotados y de las gentes de avanzada, rebosa de júbilo y esperanza.

Felizmente, entre nosotros, el curso de los hechos tan auspiciosos, no depende de caudillos ni caciques, ni está determinado por el llamado culto a la personalidad. En defecto de eso, la masa cuenta con

su unidad aglutinante que multiplica geométricamente su poder, su decisión y su combatividad. Dispone, también, a su favor de todas las fuerzas multitudinarias que ella ha creado e integra: partidos, sindicatos, centros de madres, juntas de vecinos, organizaciones juveniles, artísticas y deportivas. En esto reside el secreto del triunfo y en algo nuevo que acaba de estrenarse exitosamente: los Comités de base de Unidad Popular.

Cuando se ha dicho que esta empresa es hija del esfuerzo colectivo y no obra milagrosamente de una sola persona, como Allende lo vino repitiendo durante toda la campaña, en modo alguno significa esto que desvalorizamos al hombre para reducirlo a una mera pieza de un engranaje monstruoso que funciona de manera mecánica.

¡Al contrario! Una de las grandes tareas y responsabilidades que está planteada no es otra que levantar y construir a los hombres, por dentro y por fuera, en lo individual y en lo colectivo, hasta que cada uno sienta el orgullo y la dignidad de ser integrante de una clase, hijo de una nación que no lo niega ni lo oprime, y, si ustedes lo permiten, ciudadano de la humanidad, de esta humanidad que marcha hacia la paz, la felicidad y el socialismo. Serán palabras gastadas y comunes, pero a estas viejas y hermosas palabras tenemos ahora que darles contenido.

Años, décadas, acaso un siglo, ha empleado el pueblo de Chile en abrirse camino. Trabajadores, campesinos, estudiantes, maestros y luchadores sociales se han roto las manos golpeando las puertas del privilegio y procurando desper-

tar las conciencias impermeables de los empresarios, de los gobernantes y de los poderosos. Al decir de Isidora Aguirre, son muchos los que fueron quedando en el camino. Con el recuerdo de ellos y armados con la experiencia de los combates, tenemos que defender esta victoria del pueblo, que nos pertenece a nosotros pero también pertenece a nuestros hermanos de América Latina, y que la han celebrado como suya los pueblos de casi todo el mundo. La mirada de los mejores hombres de toda la tierra está puesta en Chile, en sus organizaciones de vanguardia, en la proeza admirable del 4 de septiembre, culminación de un largo, sangriento y glorioso proceso.

Ya es tiempo: pasemos a ocuparnos de lo que nos ha traído hasta la Universidad de Concepción, que si de alguna manera debiera caracterizarse sería con las palabras de Isidoro Errázuriz: es un inmenso pulmón donde se está purificando la sangre del cuerpo de la nación. Tal dijo refiriéndose a nuestro histórico Instituto Nacional cuando la reacción golpeaba sobre él, en el otro siglo, como golpeaba hasta hace pocos días contra la muy ilustre y combativa Universidad que fundara Enrique Molina.

Pocas veces se repara sobre un fenómeno interesante y aparentemente paradójico: a través de la historia, pensadores, pedagogos, moralistas y hasta fundadores de religiones, tienen mucho de políticos; y políticos y pensadores de avanzada, tienen mucho de pedagogos.

Entre los clásicos, desde Sócrates y Platón pasando por Cristo,

Comenius, Huss, Spencer, Lutero, Kant y Pestalozzi, sin olvidar a los utopistas y a los enciclopedistas de la Revolución Francesa, todos ellos, en su vida y obra, son precursores de grandes movimientos educacionales.

En época más reciente, ¿cómo negar el valor político-pedagógico de Goethe, Comte, Marx, Ellen Key, Rolland, Unamuno, Russell, Tolstoi, Gorki y el grupo soviético integrado por Lenin, Krupskaya, Kalinin, Lunatcharski y Makarenko?

América Latina tiene también los suyos que se arremangaron para pelear por la independencia verdadera, por la justicia, por la redención humana y por la libertad. Nos descubrimos ante los nombres de Sarmiento, Montalvo, Hostos, Varona, Ingenieros, Masferrer, Carmen Lira, Sanín Cano, José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce y Fidel Castro. ¿Es que alguien va a negar que los discursos de Fidel son lecciones pedagógicas irreprochables?

Ha quedado para el final el equipo de casa: Manuel de Salas, José Victorino Lastarria, José Abelardo Núñez, Valentín Letelier, Luis Emilio Recabarren, Darío Salas, Gabriela Mistral, Pedro Aguirre Cerda, Enrique Molina y Luis Galdames.

Si tenemos una rica tradición y si contamos con un grupo notable de precursores y una legión de educadores, de todos los niveles, dispuestos a llevar adelante la modernización de nuestro sistema educacional, poniendo al día todas las instituciones culturales, ¿cómo no iniciar, desde luego, con audacia e imaginación, esta nueva política cultural anunciada, en sus líneas

generales, en el Programa de la Unidad Popular?

Está dicho: toda educación es política, como la política, si es renovadora y revolucionaria, forma parte muy principal del proceso educativo. Este proceso es permanente, tan largo como la vida del hombre y la educación sistemática, que proporciona la escuela, tiene que hacerse coherente, complementarse con la educación refleja que proporcionan todos los medios masivos de comunicación.

Bertrand Russell afirmaba que "la educación ha llegado a ser parte de la lucha por el poder, entre religiones, clases, razas y naciones".

Si esta es una verdad en el mundo contemporáneo, ¿cómo el problema educacional podría quedar ausente en la áspera lucha que se libra por el poder? Y si, en el fondo, la educación es un problema de alta política, ¿cómo permitir aquellas sugerencias hechas en el sentido de que la educación no se defina y que el Estado abdique del derecho y del deber de controlar la que se imparte en los colegios privados? ¿Acaso se quiere seguir acentuando las diferencias y que haya escuelas para ricos y escuelas para pobres, donde a los ricos se les enseñe a mandar y a los pobres a obedecer como sucede hasta hoy?

El problema de la enseñanza, escribe Mariátegui en sus 7 ensayos, "no puede ser bien comprendido en nuestro tiempo, si no es considerado como un problema económico y como un problema social. El error de muchos reformadores ha estado en su método abstractamente idealista, en su doctrina exclusivamente pedagógica".

Cuando se pretende que la escuela prescinda de toda ideología se olvida que siempre la clase dominante ha utilizado la educación como instrumento de sometimiento ideológico. La educación no puede permanecer independiente de una orientación ideológica, pero, cuando la orientación del Estado pasa de las manos de los explotadores a las manos de los explotados, la educación debe convertirse en una bandera de liberación de las conciencias, de la subyugación económica, de la discriminación cultural y de la servidumbre política.

Hay quienes no quieren que la educación que proporciona el Estado sea influida por ninguna ideología. ¿Cuándo no lo ha sido? ¿Dónde se ha aplicado la "neutralidad"? Todos los sistemas filosóficos, religiosos y políticos le han puesto su cuño a la educación de su tiempo, llámense catolicismo, idealismo, positivismo o pragmatismo. Fuera de esto, en Chile tenemos una triste experiencia de aquellas fuerzas que han monopolizado la función, a su imagen y semejanza, negándose a designar, siquiera un portero, que no exhiba antes el carnet partidario.

Entiéndase bien: no se trata de vacunar a la enseñanza con esta u otra filiación ideológica, pero la Unidad Popular, si realmente va a transformar las estructuras del país y a recuperar las riquezas detentadas por las empresas usurpadoras extranjeras, tiene que proceder a un profundo cambio en la conciencia de los educandos y en su capacitación profesional, tiene que abrirle paso a la formación de una nueva escala de valores e ir a una revisión profunda de la historia,

hecha para gloria y culto de la oligarquías automáticas.

La educación no es una entelequia: es un proceso dinámico, dialéctico y científico. Pero, sobre todo, en cuanto a sus fines y contenido filosófico es un proceso eminentemente político, en el más alto sentido de la palabra, todo lo cual obliga a definirse y aunque sobran los que levantan desdeñosamente los hombros cuando se trata de política, es tiempo de decir que nada se puede hacer ni esperar de los indiferentes, neutrales o andróginos, marginados de la política.

Sobre la materia, conozcamos la opinión de un pensador y maestro que fue algo más que un político militante y que desde la cátedra y desde los impresos dictó notables y dignas lecciones de política. Oigamos, con respecto, a Miguel de Unamuno:

"El número de los llamados "neutros", de los execrables neutros, de los que se muestran indiferentes a las fecundísimas luchas políticas, disminuye de día en día.

"Las luchas económicas son luchas políticas que a todos nos atañen. Un conflicto entre un patrono y sus obreros no es un pleito privado, es un pleito público.

"¡Agitadores políticos! ¡Naturalmente! Son y deben ser agitadores políticos los que provoquen y dirijan las luchas entre el capital y el trabajo. El socialismo es y debe ser política. Y la abstención del Estado en estas luchas es una vieja doctrina manchesteriana que apenas hay quien se atreva a propugnar hoy.

"La política, termina diciendo, no es una especialidad; la políti-

ca es una forma de concebir, plantear y resolver todo problema. Hay política económica, política religiosa, política sanitaria, política cultural. Donde el pueblo se desinteresa de la política, decaen ciencias, artes y hasta industrias. Donde no hay una intensa vida política, la cultura es flotante, carece de raíces”.

Los regímenes feudales que ha padecido Chile no han permitido que aflore lo que podríamos llamar una escuela nacional, una cultura nacional al modo como lo entendió Lastarria en el movimiento de 1842. Hemos tenido reformas importadas de Alemania; otras veces, de Francia, de Suiza o de Suecia. Ahora estamos bajo la influencia pragmática de orgullosos tecnócratas preparados en EE. UU.

Nuestra educación sigue siendo dirigida, desde la cumbre, por un grupo cerrado, un verdadero Sane-drín pedagógico. Se cuenta con miles y miles de educadores de alto nivel profesional, pero sus puntos de vista jamás se consultan directamente por las autoridades.

Gabriela Mistral se quejó toda la vida de aquellos Ministros de Educación “analfabetamente olímpicos, señores tiesos de puro miedo que el moverse les descubra la armazón de pobres diablos, hechos personajes oficiales por nuestras pobres políticas”. Según ella, “viví desesperada de sus manos y sesos inútiles, puestos por el reglamento, al margen de cualquier creación”.

Podríamos decir que con estas palabras, que no las dicta el escepticismo, nos estamos despidiendo para siempre de un pasado sobre cuya lápida hay que poner siete

cerrojos, teniendo cuidado de salvar lo positivo que es obra del estado-llano, de los educacionistas que, igual que todos los soldados desconocidos, son los que al final ganan todas las batallas, aunque sus nombres no figuren en las listas de honor.

Y ahora, pasemos, de frente, a examinar algunos de los puntos más controvertibles del Programa de la Unidad Popular en cuanto se refiere a Educación, aprovechando para dar respuesta a las inquietudes e interrogantes que preocupan a muchas personas.

Pero hay que advertir, de entrada, que este Programa no se ha hecho para negociar con él, para transarlo ni mucho menos para jibarizarlo. Este es un compromiso solemne e histórico contraído con el pueblo, que habrá de cumplirse en todas sus partes.

En primer lugar, debe quedar en claro un principio fundamental: en el orden educativo, el Programa consulta sólo cuestiones fundamentales expresadas de un modo un tanto generalizador.

No podría ser de otro modo —si lo fuera caería en una contradicción—, pues la última palabra la han de decir los que den forma al anteproyecto definitivo de Reforma Educacional, para seguir empleando la palabra “reforma”, que ha llegado a un nivel inferior a la línea de flotación.

No hace todavía mucho se decía que un sistema educacional debía contar con el sostenimiento económico del Estado; con la dirección técnica del magisterio, y con el apoyo social de los padres.

Esto ya se quedó corto y desactualizado. Ahora, son muchos más

los factores que deben intervenir en este proceso y concurrir con sus experiencias y observaciones. La generación de una nueva ley sobre Educación tiene que ser eminentemente democrática y discutirse acaso tanto como si se tratara de dictar una nueva Constitución Política. Tal lo hacen los países socialistas, que, en los últimos años, han procedido a realizar cambios notables en sus sistemas de educación.

Concretando, habrá de procederse en esta forma:

- 1.— Se designa una gran comisión que elabore el proyecto inicial;
- 2.— Dicho proyecto se entrega, en una gran debate nacional, a la discusión pública para acoger todas las sugerencias juiciosas y lucidez que procedan;
- 3.— Se reúne el gran Congreso Nacional de Educación. Grande, no tanto por su número, como por su representatividad. Todo lo que tiene que ver con el proceso de formación, dentro de una planificación nacional y coherente, estará debidamente integrado y quienes ostenten delegaciones deberán ser designados con intervención de las bases;
- 4.— El proyecto al cual dé su aprobación este Congreso, será todavía sometido a una comisión coordinadora y de estilo;
- 5.— Una vez hecho esto, el anteproyecto queda en condiciones de ser sometido a la aprobación de la Asamblea Nacio-

nal, cámara única que reemplazará al sistema bicameral del actual Parlamento.

De este modo, se elaborarán las leyes en el futuro. Mediante esta democracia directa, muy superior a la democracia teórica y formal. Esto, porque junto con extenderse el bienestar de la población, se ensanchará también el sistema democrático. Por esta vía, se pasará” del reinado de la necesidad al reinado de la libertad”, según la feliz expresión de Engels.

Se iniciará de inmediato, una *cruzada nacional de alfabetización* para erradicar en definitiva este cáncer.

Tomarán parte en esta lucha:

- a) Los educadores de todo nivel;
- b) Los profesores jubilados;
- c) Los estudiantes universitarios, normalistas y de enseñanza media;
- d) Las fuerzas armadas y la iglesia;
- e) Los alfabetizadores “voluntarios”.

En esta campaña, que durará un tiempo limitado y máximo, no habrá exclusiones ni sectarismos de ninguna naturaleza: lo que importa es que todo chileno mayor de seis años sepa leer para que se cumpla la sentencia de Martí: *Ser cultos para ser libres*”. Que una vez alfabetizados lean la Biblia o el Manifiesto Comunista, eso ya es cuestión de ellos, libremente dictada por su conciencia.

En la campaña de alfabetización se tomarán muy en cuenta las experiencias masivas hechas en la

Unión Soviética, en Chile y en Cuba. Algo, también, de lo realizado en Brasil, México y Ecuador.

Las comunidades: poblaciones, aldeas, fundos, ayudarán con medios y hospedajes para facilitar la labor de los alfabetizadores.

Como complemento de esta campaña se instalarán en todas partes (sitios de trabajo y de vivienda, clubes, hospitales, escuelas, sitios públicos), pequeñas *bibliotecas* para estimular el uso del libro.

El Estado tomará medidas rápidas para que funcione la gran *Editorial de la Nación*, encargada de la difusión del libro en escala masiva y, desde la gratuidad a precios que queden al alcance de las gentes de menores ingresos.

Simultáneamente, los Municipios contraen la obligación de crear las *Casas de la Cultura*, que estimulen todas las manifestaciones del arte, de la ciencia y demás disciplinas, y que se conviertan en los sitios de reunión de los vecindarios, a la manera como son las Casas del Pueblo en Francia.

Para hacer efectiva la igualdad de oportunidades escolares, se asegurará:

- a) El funcionamiento, al menos, de una *escuela básica completa* en todo centro cuya población no sea inferior a dos mil personas, aproximadamente, trescientas familias;
- b) Cuando se trate de aldeas o un centro territorial donde converjan varias pequeñas poblaciones, funcionará el internado, al menos para los alumnos de cursos superiores;
- c) Se creará, por cuenta de los municipios, medios para el traslado de los niños desde sus casas hasta

las escuelas, sobre todo en las regiones rurales y de clima lluvioso o frío.

d) Se crearán becas para los que deban seguir estudios en colegios de otros niveles;

e) Mejorará el funcionamiento del desayuno, almuerzo y onces en todos los colegios. Al mismo tiempo, se proveerá de vestuario a los hijos de familias más pobres;

f) Habrá asistencia médica en todas las aldeas y se examinará a los niños en las propias escuelas.

Para normalizar el funcionamiento de las Escuelas Rurales, se estimulará la designación de matrimonios de maestros jóvenes para que trabajen en ellas, asegurándoles vivienda, medios de transporte y facilidades para el estudio de sus propios hijos en centros más socorridos. Se crearán estímulos para los maestros rurales y se procurará formar los futuros maestros extrayéndolos de los medios rurales mismos para que no tengan problemas de adaptación.

Uno de los puntos más controvertidos es el de la *Educación Privada*. Esta es de diverso carácter:

-) Proselitista, de una u otra religión;
- b) Esta misma, es gratuita o pagada (ambas, subvencionadas);
- c) Colegios aristocráticos, laicos o religiosos;
- d) Colegios de colonias extranjeras;
- e) Colegios como fuentes de lucro y ganancia;
- f) Modestas escuelas particulares, en zonas campesinas.

En general, el gobierno de la Unidad Popular no desea crearse problemas artificiales con estos colegios, pero, progresivamente, tenderá a su desaparición, en cuyo caso asimilará, dándoles categoría de profesores del Estado, a aquellos que reúnan los requisitos de estudio, título y experiencia, aparte de su honorabilidad.

Cuando un colegio que atiende una población importante sea cerrado por sus dueños o empresarios, sin justificación, el Estado procederá a la expropiación del local en que funcione y de sus medios didácticos y mobiliario, bibliotecas, etc.

En cuanto a las escuelas sostenidas por colonias extranjeras, se velará porque no menos del cincuenta por ciento de los profesores sean chilenos y particularmente lo sean los que imparten las clases de español, historia, filosofía, etc.

El Estado dará facilidades para que aquellos profesores particulares sin título, que ejerzan más de cinco o diez años, puedan regularizar su situación para ingresar al servicio fiscal, mediante cursos, exámenes, elaboración de tesis, rendimiento alcanzado por sus alumnos, etc.

Momentáneamente, pueden seguir funcionando todos los colegios particulares o privados, pero se hará un riguroso control sobre el estado material de los colegios, acerca de salubridad e higiene de ellos, sobre material escolar, sobre textos que usan, sobre el uso de las subvenciones y la cuantía de los sueldos que cobran los profesores y el cumplimiento o no de las leyes sociales que les protegen.

En esta cuestión se vuelve a invocar el punto de la *libertad de enseñanza*, que, en la práctica, no ha consistido en otra cosa que *enseñanza contra la libertad*.

En el Programa se habla de la *Escuela Unica, Nacional Democrática*. Cuando se dice escuela única, debe entenderse escuela común, como la que creó en el otro siglo en Argentina la ley que impulsó Sarmiento. O como la escuela Varela, que hasta hace poco se había respetado por la mejor tradición cultural uruguaya.

Lo que se quiere es democratizar la enseñanza, borrando diferencias, privilegios y odiosas discriminaciones.

Para levantar el nivel de nuestra Escuela Común es necesario e indispensable, mientras desaparecen las clases, que a la misma escuela concurren niños procedentes de uno u otro estamento social.

Era impresionante ver en Argentina, a las puertas de los colegios y de la escuela sarmientina, cómo descendían de sus autos los alumnos hijos de familias pudientes y comprobar cómo los diplomáticos chilenos hacían que sus hijos estudiaran en las escuelas comunes, lo que no lo habrían hecho jamás en su propio país.

Si en una misma banca estudian el hijo de un empresario y de sus obreros, habrá menos violencia y un tanto más de solidaridad, menos fricciones y más comprensión.

Este fenómeno no tiene en las Universidades el carácter que asume en las escuelas primarias o en los Liceos. Se observa una mayor confraternidad entre los estudiantes adultos.

Lo dicho no iría más allá de atenuar discriminaciones y diferencias demasiado notorias, pero por ese camino, no se llegaría nunca a la abolición de las clases para ser exactos.

Hay otro problema que, siendo muy antiguo y cuyo planteamiento suele ponernos al borde del sectarismo, debe también ser considerado y que se espera tenga una solución satisfactoria: es el de la *enseñanza de la religión en la escuela*. Esto existe en Chile y da lugar a no pocos conflictos, sobre todo, cuando dicha enseñanza queda a cargo de personas extrañas, designadas por la iglesia.

El asunto es viejo: se viene discutiendo hace casi dos siglos, desde la Revolución Francesa, cuando la burguesía liberal en ascenso, tenía entonces algunos principios plausibles.

Justamente, ante la Asamblea Nacional, Nicolás de Condorcet, los días 20 y 21 de abril de 1792 presentó el Informe de la Comisión de Instrucción Pública, en el que se manifestaba:

“Es rigurosamente necesario se-
“parar de la moral los principios
“de toda religión particular y no
“admitir en la instrucción pública la enseñanza de ningún culto religioso. Cada uno de ellos
“deberá ser enseñado en los templos por sus propios ministros”.

Si después de muchas luchas ardorosas que inflaron el fanatismo, se ha logrado separar la Iglesia del Estado, ¿por qué no se separa la escuela estatal de la iglesia?

En Francia, una ley impulsada por Ferri, en el otro siglo, reservaba un día para que ministros del

culto pudieran enseñar religión en las escuelas. Y en Argentina también se permitía que alguna tarde se hiciera lo mismo.

Si el Estado recobró su independencia y si existe un clima de tolerancia en el asunto religioso y respeto hacia todas las creencias, ¿no sería correcto que la enseñanza de la religión fuese materia exclusiva revada a las familias y a las iglesias? Hace ya mucho tiempo que se estima que la moral existe y puede adquirirse al margen de toda creencia religiosa. Esta tesis defendió Arturo Alessandri en el Senado de Chile cuando se discutió, durante tantos años, la ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

Esta misma tesis es la que el gran pensador y ex rector de la Universidad de Chile, Valentín Letelier, sostuvo en su notable obra "Filosofía de la Educación".

En lo específicamente se refiere a las *Universidades*, el Programa de UP no sólo reconoce la autonomía de ellas, sino que procurará hacerla efectiva mediante recursos que aseguren su libre empleo, expansión y financiamiento.

El proceso sobre Reforma Universitaria que animado por las fuerzas juveniles más definidas y por los catedráticos más consecuentes, se ha venido desarrollando en Chile encontrará en el Gobierno Popular su mejor defensa y sostén.

Mientras en casi toda América asistimos a una feroz ofensiva anti-universitaria que alejará a los mejores catedráticos y se ensañará con los estudiantes vanguardistas, resul-

ta satisfactorio constatar que nuestras Universidades se pondrán a la cabeza del proceso de transformación de nuestro país.

Todas las misiones que corresponden a la Universidad: investigar, fomentar la cultura superior y en los otros planos, formar profesionales de acuerdo a las necesidades del desarrollo y la planificación integral de la nación, ayudar al encauzamiento científico de la economía, la política y la cultura, fomentar el intercambio con las grandes instituciones y corrientes culturales del mundo, todo eso y mucho más, podrán realizar las Universidades chilenas bajo las garantías y seguridades que les ofrece el Primer Gobierno Popular que asumirá el 4 de noviembre.

La Universidad tiene que abrir sus puertas a los jóvenes procedentes de las capas obrera y campesina, para que efectivamente se opere en ellas la democratización.

Cuando se ha paseado la consigna, "Universidad para todos", no se ha querido decir que todos los estudiantes aspiran a incorporarse a ellas. Desde el momento que se creen, para fomentar nuestra economía diferenciada, institutos politécnicos como culminación de la enseñanza media, aflojará, necesariamente, la presión que cada año ejercen los egresados de Liceos, que no tienen otra desembocadura que la Universidad.

El alma animadora de la nueva Universidad chilena, serán los estudiantes, que por años se han visto obligados a salir a encontrar en

la calle la respuesta que se les niega en el seno de las aulas anacrónicas y reaccionarias. Todo ha cambiado ahora. Las perspectivas que se abren a los universitarios son grandiosas.

Se acerca el día en que nosotros podamos también decir lo que a su debido tiempo dijeron las juventudes soviéticas:

"Todo el entusiasmo que invertía antes la juventud obrera en 'la lucha política revolucionaria, debe ser orientado ahora a 'dominar la ciencia y la técnica'".

Eran los tiempos en que Lenin deseaba cambiar agitadores por técnicos y en que pedía que la voz creadora de arquitectos, ingenieros y agrónomos se levantara en las asambleas.

Chile tiene que irse preparando para "crear un nuevo tipo de hombre que trabaje por igual en las bibliotecas y en las fábricas y que lo mismo corta leña, carga un fusil y discute los problemas más abstractos", al decir de un revolucionario.

Necesitamos que los obreros tengan algo de ingenieros y que los ingenieros sean, potencialmente, obreros. El trabajo y la técnica, la cultura y el socialismo, irán forjando al hombre del futuro, a la nueva sociedad. Eso es lo que todos esperamos, especialmente los que sentimos cómo se nos han echado encima los años pero que nos iremos con la imagen de la nueva alborada, del grandioso amanecer.